



www.loqueleo.com/bo

© 2021, Carolina Maldonado Leyes

© De esta edición:

2021, Santillana de Ediciones S.A.

3er anillo interno Av. Pedro Rivera N° 3095

entre Av. Alemana y Av. Beni

Telf. (3) 3397998

ISBN: 978-99974-21-07-4

Depósito legal: 4-1-3748-2021

Printed in Bolivia - Impreso en Bolivia

Primera edición: agosto de 2021

Segunda reimpresión: octubre de 2024

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y

Julia Ortega

Ilustración de cubierta:

Anry Tsukayama

Impreso en SPC Impresores

Teléfono: 2111121

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Apucalalá y Otros cuentos...

Carolina Maldonado Leyes

loqueleg

*Apucalalá mami querida,
¡gracias por tan pequeña
y gran enseñanza!*

A manera de Prólogo

En el bosque...

Grandes y viejos árboles deliberan,
mientras a sus pies pequeñas criaturas juegan.

9

Dice uno de ellos: —Son pequeños hechiceros y magos.

¿No percibís la magia de sus palabras y encantos?

—No, —replica otro— son diminutos torbellinos.

Mirad el alboroto que dejan en su camino.

—Ni magos, ni torbellinos —interviene uno— más bien hadas.

Escuchad pues la armonía de sus carcajadas.

—Son grandes sabios —asevera alguno—.

¿Acaso no os conmueve de sus enseñanzas lo profundo?

De pronto, irrumpe el viento:

—Mis queridos amigos, todos estáis en lo correcto.

10 Estos maravillosos seres todo lo que habéis dicho son, pues mirad, aquellos que allí juegan, niños son.

Ahora, escuchad atentos —invita el viento—

y empieza a narrarles los siguientes cuentos:

Apucalalá y manos a la obra

—“Apucalalá, apucalalá” —repetía Susy 11
mientras sopaba el pan en la leche.

—Deja de hacer eso que vas a ensuciar la
mesa —dijo su madre mientras hacía una
pausa en su conversación por el celular.

La niña la miró en silencio y lanzó un
suspiro de resignación. Claro, así eran los
mayores, nunca prestaban atención. Siem-
pre fijándose en las cosas que poco impor-
taban. Pero era su mamá, y no era su culpa
ser grande. “¿Seré igual cuando crezca?”, se
preguntó.

Esta era una pregunta que inquietaba a
Susy, pues, inevitablemente, los años pasan

y todos nos hacemos grandes. Y, a veces, en la vida adulta, las cosas que verdaderamente importan parecieran perder su significado; es decir, se vuelven insignificantes. Se hacen tan, pero tan chiquitas, que los adultos no las pueden ver. Sin embargo, para los niños, que son pequeños, que no les importa agacharse o tirarse al suelo si fuera necesario, es posible distinguirlas, conocerlas y hasta jugar con ellas.

Susy tomó una servilleta de papel y limpió las gotas de leche y las migas derramadas alrededor de su taza. Tiró la servilleta en el basurero y dejó la taza en el lavaplatos. Su madre la seguía con la mirada, aunque concentrada aún en la llamada. La pequeña, entonces, estiró con mucho esfuerzo una silla hasta el fregadero, trepó en ella y lavó, bien que mal, su taza. Bajó y puso la silla en su lugar.

—¡Buen provecho mamá! —gritó y salió corriendo hacia el jardín.

La madre entonces volteó a mirar la mesa, en la que la esperaba un gran tazón de leche, su cereal favorito y una cuchara limpia sobre una servilleta amorosamente doblada.

13

Al cabo de unos minutos Susy entró corriendo a la casa y se fue directo a su habitación.

—Trae tu mochila —gritó la mamá mientras buscaba algo en su cartera—. ¡Nos vamos en un minuto! —dijo, consciente de no ser escuchada—. ¿Susy? —la llamó desde la cocina—, ¿viste el cargador de mi celular?, no lo encuentro.

No hubo respuesta. La madre se dirigió al cuarto de la niña, abrió la puerta y ¡se llevó una tremenda sorpresa!

Susy, arrodillada en el piso y murmurando aquellas extrañas palabras suyas, trata-

ba de amarrar con un lazo unas cuantas flores claramente arrancadas del jardín.

—¡Susy! —exclamó la madre.

La niña se puso en pie de un brinco, dejando caer de su regazo algunas hojas y un poco de tierra.

14 —¿Pero qué es esto? —la regañó—, ¡mira tu polera!

Susy miró su ropa, estaba toda manchada.

—Lo siento, mami. Puedo cambiarme— dijo apenada.

—¡No!, déjalo así, ya no hay tiempo.

La niña trató de quitar la suciedad de su polera golpeando fuertemente su abdomen.

—¿Y esas flores? —preguntó algo más calmada su madre.

—Son para mi maestra, ayer estaba muy triste porque perdió a su mascota.

Cuando ya iban de salida, Susy frenó en seco y dijo a su madre:

—Toma, ¡ahora vuelvo! —entregándole sus cosas y corriendo de vuelta a la casa.

—¡Pero hija! —trató de oponerse la mamá, obteniendo como respuesta tan solo un “Apucalalá” al viento.

“Apucalalá”, repitió entre dientes mientras miraba la hora en el celular. “¿Pero qué tanto lleva una niña de seis años?”, se preguntó al sentir el peso de la mochila sobre su hombro.

15

Finalmente, después de unos minutos que parecieron horas, Susy volvió y, antes de que su madre pudiese decir algo, extendió su mano y le alcanzó el cargador que buscaba.

Madre e hija caminaron hacia la escuela, como siempre, cada una ocupada en sus propias cosas: Susy con sus misiones especiales, y su madre con el celular y la agenda

del día. Sin embargo, esta vez notó un cansancio inusual en su hija.

—¿Por qué está tan pesada tu mochila?— preguntó.

—Deben ser las piedras —respondió Susy con una sonrisa.

16 —¿Piedras? ¿Por qué estás llevando piedras a la escuela?

—Son para Bruno —explicó la niña—, él colecciona piedras de todo tipo y forma, pero hace unos días su abuela tiró, por error, una de sus favoritas. Bruno se enojó mucho con ella y todavía no le habla. Tal vez entre las que llevo haya alguna que le haga olvidar su enojo, y así se “abuene” con su abuelita.

Su madre la miró con ternura. No quería desanimarla, pero tampoco quería que su hija se decepcionara, así que preguntó: —¿Y si no lo logras?

La niña la miró algo sorprendida por la pregunta; claro, ella no lo entendía aún. Entonces hizo un ademán para que su madre se agachara; tomó suavemente su rostro entre sus manitos y con una gran sonrisa, to-
pando su nariz contra la suya, dijo: —¡Apu-
calalá!

17

La niña entró corriendo a la escuela y su madre se quedó observándola hasta perderla de vista entre los demás niños. “Está creciendo muy rápido”, pensó. Los seis años que habían pasado desde su nacimiento se habían ido en un suspiro. Sí, parecía ayer cuando la había tomado entre sus brazos por primera vez y había hecho la promesa de trabajar sin descansar para darle lo mejor.

Sonó el timbre de entrada y la madre de Susy volvió a ver la hora. Debía apurarse si no quería llegar tarde al trabajo. Dio me-